

FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA, F. J., CANTERO NÚÑEZ, E., *Los orígenes del 11 de septiembre. Vida y obra de Narciso Feliú de la Peña*, Durandarte, Larraya (Navarra) 2015, 606 pp.

El libro que presentamos es obra de dos autores veteranos en las lides históricas. Fernández de la Cigoña es abogado, economista e historiador. Cantero Núñez ha publicado trabajos sobre historia de las ideas filosóficas y políticas. Ambos publicaron en 1993 una monografía sobre un ilustre catalán, Antonio de Campmany, que desempeñó un lugar destacado en las Cortes de Cádiz. Los dos autores han trabajado conjuntamente en la vida y obra de otro ilustre catalán, Narciso Feliú de la Peña, obra que recibió en 2003 el premio Elías de Tejada, otorgado por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. La vida y obra de Feliú de la Peña aparece en este libro con un título incisivo: *Los orígenes del 11 de septiembre*. En 1714 Barcelona capituló ese día ante las tropas de Felipe V, que derogó los privilegios catalanes. Desde entonces la «díada» ha adquirido un significado independentista, mientras persiste la amenaza del referéndum soberanista en este mismo año.

Al unir la vida y obra de Feliú con el 11 de septiembre, los autores del libro han pretendido terciar en la polémica desde el plano cultural e histórico. Feliú es considerado como el primogénito de los historiadores catalanes, pues escribió en los *Anales de Cataluña* la gran síntesis de la historia del Principado, concluida en 1709 y publicada en facsímil en 1999, con un «pórtico» del entonces Presidente de la Generalitat, Jordi Pujol. Los autores están de acuerdo en que Feliú fue un gran catalán, que amó a su tierra apasionadamente, pero también afirman que fue un gran español, pues nunca defendió una Cataluña separada de España.

Los dos autores han analizado la obra de Feliú hasta sus últimos detalles, la han comparado con la de escritores coetáneos (Castellví), y la han cotejado con los últimos especialistas, cuyas opiniones matizan con frecuencia. Al mismo tiempo los dos autores se han completado entre sí. Fernández de la Cigoña ofrece una amplísima síntesis de la biografía del historiador (capítulo 1) y de su Cataluña (capítulo 3). Cantero Núñez, por su parte, ha realizado un trabajo analítico, describiendo los caracteres de Feliú como historiador (capítulo 2), sus ideas económicas, su mentalidad jurídico-política, su defensa del austracismo y los rasgos generales de su personalidad (capítulos 4 al 7).

El capítulo 1 se ocupa del hombre y su ambiente familiar, comercial y político. Nació Feliú en 1643 o 1644, pocos años después de la guerra de secesión, y murió en 1712, dos años antes de que concluyera la guerra de sucesión. Era doctor en derecho y mercader; fue comerciante, economista y

empresario, intelectual y político, católico convencido y defensor apasionado de las tradiciones y libertades de Cataluña. Su familia y ambiente encajaban perfectamente en su biografía. Sus padres pertenecían a la misma clase de mercaderes influyentes. Su hermano Salvador fue un ilustre mercedario. Su primo, con el mismo nombre y apellido, se destacó entre los dirigentes de Barcelona por su actitud inflexible, pues en 1714 se empeñó en su defensa, cuando Casanova, más moderado, aceptaba la rendición. El historiador catalán publicó tres grandes obras, *Político Discurso* (1681), *El Fénix de Cataluña* (1683) y los *Anales* (1709). Todos están escritos en castellano, para que tuvieran mayor difusión.

Entre las actividades destaca su faceta de economista, teórico y práctico, pues alentó compañías mercantiles (Compañía de Santa Cruz en 1690) e incluso instigó el espionaje industrial, enviando personas a Francia y a Flandes para que aplicaran las técnicas nuevas en las fábricas de tejidos. Aquellas iniciativas no tuvieron el éxito deseado, no porque fueran descabelladas, sino por las continuas guerras con Francia. Entre las actuaciones políticas menores de Feliú se recuerda la defensa de Barcelona (1680), el sitio de Gerona y el asedio a Rosas (1684), las agitaciones y guerras en 1687 y 1692 y el asedio y caída de Barcelona (1697). Feliú se destacó por su fidelidad a Carlos II. Al principio aceptó a Felipe V, pero en 1704 se inclinó al archiduque Carlos, al que defendió con gran lealtad.

En el capítulo 3 Fernández de la Cigoña nos ofrece una buena síntesis de la Cataluña descrita por Feliú, tal como se refleja en los *Anales*. Dejando los tiempos antiguos, le interesa sobre todo la visión de Cataluña en los años de vida del historiador, desde el reinado de Felipe IV (III de Aragón y Cataluña), pues eran tiempos que él oyó comentar a los que los vivieron. En los últimos años del XVII (reinado de Carlos II) y en los primeros del XVIII, el escritor, además de historiador, es cronista o periodista de sus propias experiencias, siempre ligadas a su fidelidad al archiduque Carlos. No podemos descender a los muchos pormenores que nos describen los *Anales*. A través de sus citas queda clara la repulsa de Feliú a la política unificadora del Conde Duque (bien explicada con referencias a Marañón). Su defensa a las libertades de Cataluña le lleva a disculpar los excesos del Corpus de la sangre, la muerte del virrey y la aceptación de rey de Francia Luis XIII. Todos erraron y perdieron en aquella larga guerra, especialmente Cataluña, que perdió el Rosellón y la Cerdeña. La contradicción estaba en que Cataluña necesitaba tropas para defenderse de Francia, y esas tropas tenían que vivir sobre el país, cometiendo abusos y lesionando los privilegios del Principado. Llama la atención la lealtad y admiración de Feliú a Carlos II, y la primera aceptación de Felipe V, que en 1701 celebró Cortes en Barcelona,

llenando las aspiraciones de los catalanes. La mala gestión del virrey Velasco favoreció el cambio de actitud de muchos catalanes, no todos, en favor del arquiduque. Feliú, acusado por sus aficiones austracistas, estuvo detenido en 1704. Las últimas páginas de sus *Anales* muestran el apasionamiento de su nueva opción política. Son páginas de propaganda, más que de historia imparcial, que acaban en 1709. El historiador murió en 1712. No pudo asistir a la caída de Barcelona en 1714 ni a los decretos de nueva planta. Fernández de la Cigoña resume muy bien la Cataluña que nos pinta Feliú al decir que es sustancialmente la Cataluña del siglo XVII, a la que añadió los dos primeros lustros del siglo siguiente. El historiador, a pesar de su catalanidad, se muestra también absolutamente español. Su fiabilidad histórica es diferente en los dos períodos: trata de ser imparcial en los reinados de Felipe IV y Carlos II, pero no lo logra en los mandatos de Felipe de Borbón o de Carlos de Austria (pp. 336-337).

La doble síntesis de la vida y de la Cataluña de Feliú se completa con los análisis de sus principales facetas. Cantero comienza presentando a Feliú como historiador. Los *Anales* están lejos de la corriente crítica de finales del XVIII, pues se aceptan mitos y leyendas para demostrar la independencia primigenia de Cataluña (Otger Catalon). Pero las ideas históricas de Feliú son claras. Por encima de su catalanidad están los sentimientos de españolismo y catolicismo. Para Narciso Feliú, España era algo más que un concepto geográfico. En el epígrafe *Cataluña y España* (pp. 165-170) se prueba con abundantes citas que «para Feliú de la Peña Cataluña es España». Hay un doble hilo conductor en la historia de Cataluña: es un pueblo de hombres libres, ligado por juramento de fidelidad a sus condes y reyes, que gobiernan tras prestar juramento a los privilegios y fueros, porque la ley es el respeto a los pactos entre el rey y su pueblo (p. 197).

Las ideas económicas de Feliú se exponen sobre todo en *El Fénix* y en el *Político discurso*, donde habla de las causas de la riqueza de Cataluña y de su decadencia. Entre los remedios se indica la creación de compañías, el comercio y el proteccionismo.

La mentalidad jurídico-política de Feliú descansa sobre todo en el pactismo como límite al poder real. También en Castilla había una larga tradición de límites al poder de los reyes, desde las *Partidas* hasta el siglo de oro. Pero hubo dos mentalidades diferentes, en Cataluña y en Castilla, en cuanto al modo de sometimiento del rey a las leyes y la obligación de obedecer las disposiciones reales antes o después de representar (p. 452). A pesar de todo, aun en la misma Cataluña de los siglos XVII y XVIII, hubo diversidad de posturas en la interpretación y defensa de las leyes catalanas. Los criterios político-jurídicos de Feliú estaban claros: siguió la doctrina común de que

el poder venía de Dios, que el rey estaba sometido a la ley, que el pacto era obligatorio para las dos partes y que había que representar antes que obedecer. Según eso, la oposición a Olivares era una legítima defensa, no una rebelión contra el rey.

El siguiente capítulo está dedicado al Feliú austracista. No están claros los motivos por los que Feliú y algunas de las instituciones catalanas, después de haber jurado fidelidad a Felipe V en 1701, abrazaron el partido de Carlos. Las razones que se dieron no son convincentes o por lo menos suscitan serias objeciones. El rey Felipe no actuó como rey absolutista en el período 1701-1705. Actuó como los Austrias, haciendo incluso lo que no hizo Carlos II, jurando en Barcelona y celebrando Cortes favorables a las peticiones catalanas. De un modo semejante, el archiduque, una vez proclamado como Carlos III, tampoco se caracterizó por una política diferente a la de sus antecesores (p. 498). Sólo después de la defección catalana Felipe suprimió los fueros, que sin embargo mantuvo en Navarra y Vascongadas. Las razones del austracismo de Feliú tampoco parecen decisivas, aunque pudieron influir determinadas infracciones y motivos económicos. Lo que Cantero rechaza con vehemencia es que Feliú fuera un nacionalista no españolista. En 1987 M. Grau i Saló defendió en un artículo que la

Cataluña descrita por Feliú podría ser aceptada por cualquier patriota actual, pues hacía de ella la patria general de todos los catalanes y la nación en plena igualdad con las demás naciones. Nuestro autor refuta esta teoría con buenas razones. Es un anacronismo aplicar a Feliú la idea del nacionalismo moderno, porque la monarquía española de su tiempo era una totalidad como pluralidad: «La realidad vivida y fraguada en la historia de una España plural con diversos reinos, unidos en la persona del monarca, y con unos caracteres comunes, que trascendían esa pluralidad sin destruirla. Ello no era obstáculo para que, sintiéndose catalanes, castellanos, aragoneses o valencianos, todos se sintieran españoles» (p. 543).

En estos momentos, cuando se anuncia un referéndum en Cataluña para el 11 de septiembre o antes, resulta muy oportuno un libro como éste que ayuda a reflexionar, desde la historia, sobre uno de los problemas más acuciantes de la España actual.

MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ